



CAPÍTULO XXVIII.

Que trata de la nueva y agradable aventura que al cura y barbero sucedió en la mesma Sierra.

ELICÍSIMOS y venturosos fueron los tiempos donde se echó al mundo el audacísimo caballero Don Quijote de la Mancha, pues por haber tenido tan honrosa determinacion, como fué el querer resucitar y volver al mundo la ya perdida y casi muerta órden de la andante caballería, gozamos ahora en esta nuestra edad necesitada de alegres entretenimientos, no solo de la dulzura de su verdadera historia, sino de los cuentos y episodios della, que en parte no son menos agradables y artificiosos y verdaderos, que la misma historia¹. La cual prosiguiendo su rastrellado, torcido y aspado hilo, cuenta que así como el cura comenzó á prevenirse para consolar á Cardenio, lo impidió una voz que llgó á sus oídos, que con tristes acentos decia de esta manera: ¡Ay Dios! ¿si será posible que he ya hallado lugar que pueda servir de escondida sepultura á la carga pesada deste cuerpo, que tan contra mi voluntad sostengo? Sí será, si la soledad que prometen estas sierras no me miente: ¡ay desdichada! ¡y cuán mas agradable compañía harán estos riscos y malezas á mi intencion, pues me darán lugar para que con quejas comunique mi desgracia al cielo, que no la de ningun hombre humano, pues no hay ninguno en la tierra de quien se pueda esperar consejo en las dudas, alivio en las quejas ni remedio en los males! Todas estas razones oyeron y percibieron el cura y los que con él estaban, y por parecerles, como ello era, que allí junto las decian, se levantaron á buscar el dueño, y no hubieron andado veinte pasos, quando detras de un peñasco vieron sentado al pié de un fresno á un mozo vestido como labrador,

¹ Sin haber concluido nuestro autor un episodio, introduce otro, y con la salva y apología que hace aquí á favor de ellos, parece quiso prevenir la crítica que le hicieron despues por boca del bachiller Sanson Carrasco, sobre que en esta Primera Parte se habia valido de novelas y cuentos ajenos de la historia, y que se debió de atener al refran de paja ó heno &c. [P. II. cap. III.]



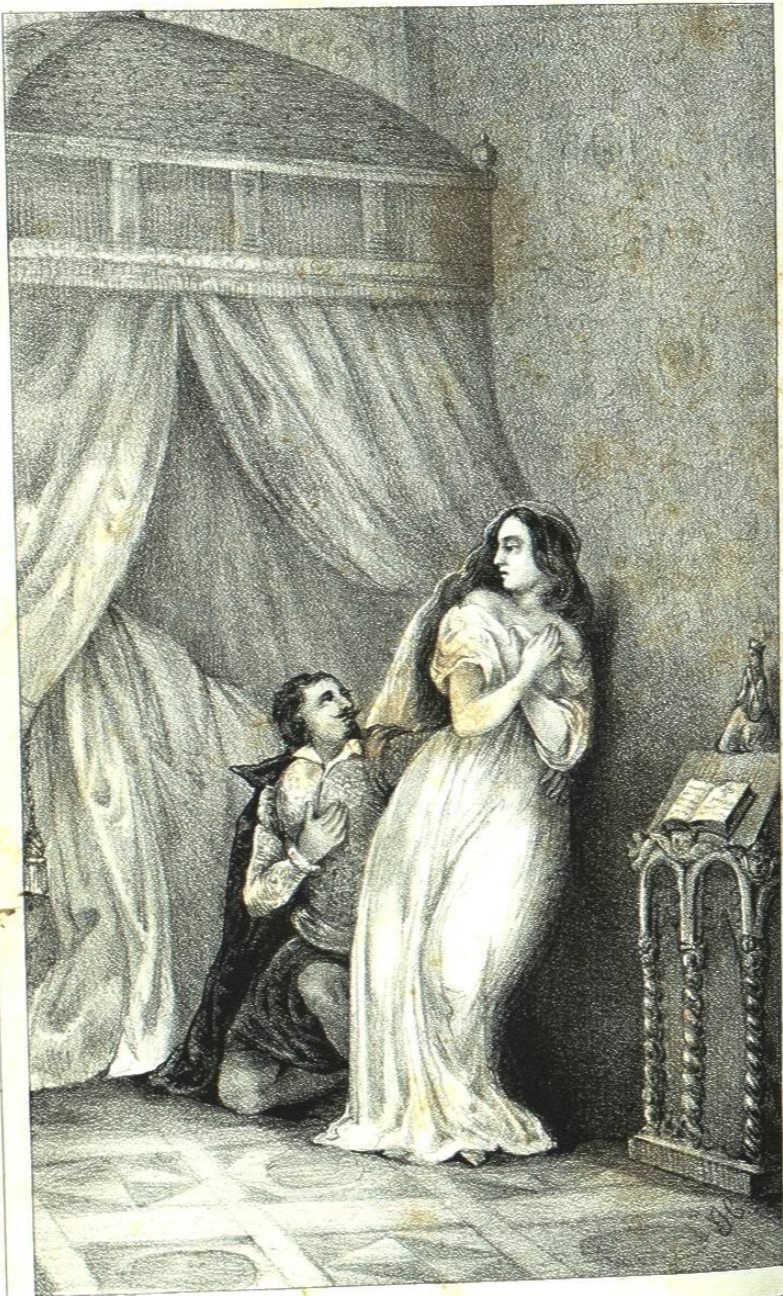
al cual, por tener inclinado el rostro á causa de que se lavaba los piés en el arroyo que por allí corria, no se le pudieron ver por entonces: y ellos llegaron con tanto silencio, que dél no fueron sentidos, ni él estaba á otra cosa atento que á lavarse los piés, que eran tales que no parecian sino dos pedazos de blanco cristal que entre las otras piedras del arroyo se habian nacido: suspendióles la blancura y belleza de los piés, pareciéndoles que no estaban hechos á pisar terrones, ni á andar tras el arado y los bueyes, como mostraba el hábito de su dueño; y así, viendo que no habian sido sentidos, el cura que iba delante, hizo señas á los otros dos que se agazapasen ó escondiesen detras de unos pedazos de peña que allí habia: así lo hicieron todos, mirando con atencion lo que el mozo hacia. El cual traia puesto un capotillo pardo de dos aldas muy ceñido al cuerpo con una toalla blanca: traia ansimesmo unos calzones y polainas de paño pardo, y en la cabeza una montera parda: tenia las polainas levantadas hasta la mitad de la pierna, que sin duda alguna de blanco alabastro parecia: acabóse de lavar los hermosos piés, y luego con un paño de tocar que sacó debajo de la montera, se los limpió, y al querer quitársele alzó el rostro, y tuvieron lugar los que mirándole estaban, de ver una hermosura incomparable tal, que Cardenio dijo al cura con voz baja: Esta, ya que no es Luscinda, no es persona humana sino divina. El mozo se quitó la montera, y sacudiendo la cabeza á una y otra parte, se comenzaron á descoger y desparcir unos cabellos que pudieran los del sol tenerles envidia. Con esto conocieron que el que parecia labrador era muger, y delicada, y aun la mas hermosa que hasta entonces los ojos de los dos habian visto, y aun los de Cardenio, si no hubieran mirado y conocido á Luscinda, que despues afirmó que sola la belleza de Luscinda podia contender con aquella. Los luengos y rubios cabellos no solo le cubrieron las espaldas, mas toda en torno la escondieron debajo de ellos, que si no eran los piés, ninguna otra cosa de su cuerpo se parecia: tales y tantos eran. En esto les sirvió de peine unas manos, que, si los piés en el agua habian parecido pedazos de cristal, las manos en los cabellos semejaban pedazos de apretada nieve: todo lo cual en mas admiracion, y en mas deseo de saber quien era ponía á los tres que la miraban: por esto determinaron de mostrarse, y al movimiento que hicieron de ponerse en pié, la hermosa moza alzó la cabeza, y apartándose los cabellos de delante de los ojos con entrambas manos, miró los que el ruido hacian; y apenas los hubo visto, cuando se levantó en

pié, y sin aguardar á calzarse ni á recoger los cabellos, asíó con mucha presteza un bulto como de ropa que junto á sí tenía, y quiso ponerse en huida, llena de turbacion y sobresalto; mas no hubo dado seis pasos, cuando, no pudiendo sufrir los delicados piés la aspereza de las piedras, dió consigo en el suelo: lo cual visto por los tres, salieron á ella, y el cura fué el primero que le dijo: Deteneos, señora, quien quiera que seais, que los que aquí veis solo tienen intencion de serviros: no hay para que os pongais en tan impertinente huida, porque ni vuestros piés lo podrán sufrir, ni nosotros consentir. A todo esto ella no respondia palabra, atónita y confusa. Llegaron pues á ella, y asiéndola por la mano el cura prosiguió diciendo: Lo que vuestro trage, señora, nos niega, vuestros cabellos nos descubren, señales claras que no deben de ser de poco momento las causas que han disfrazado vuestra belleza en hábito tan indigno, y traídola á tanta soledad como es esta, en la cual ha sido ventura el hallaros, si no para dar remedio á vuestros males, á lo menos para darles consejo, pues ningun mal puede fatigar tanto ni llegar tan al extremo de serlo, mientras no acaba la vida, que rehuya de no escuchar siquiera el consejo que con buena intencion se le da al que lo padece: así que, señora mia, ó señor mio, ó lo que vos quisiéredes ser, perded el sobresalto que nuestra vista os ha causado, y contadnos vuestra buena ó mala suerte, que en nosotros juntos, ó en cada uno, hallareis quien os ayude á sentir vuestras desgracias. En tanto que el cura decia estas razones, estaba la disfrazada moza como embelesada, mirándolos á todos sin mover labio ni decir palabra alguna, bien así como rústico aldeano que de improviso se le muestran cosas raras y dél jamas vistas; mas volviendo el cura á decirle otras razones al mesmo efeto encaminadas, dando ella un profundo suspiro, rompió el silencio y dijo: Pues que la soledad destas sierras no ha sido parte para encubrirme, ni la soltura de mis descompuestos cabellos no ha permitido que sea mentirosa mi lengua, en valde seria fingir yo de nuevo ahora lo que, si se me creyese, seria mas por cortesía que por otra razon alguna: presupuesto esto, digo, señores, que os agradezco el ofrecimiento que me habeis hecho, el cual me ha puesto en obligacion de satisfáceros en todo lo que me habeis pedido, puesto que temo que la relacion que os hiciere de mis desdichas, os ha de causar al par de la compasion la pesadumbre, porque no habeis de hallar remedio para remediarlas, ni consuelo para entretenerlas; pero con todo esto, porque no ande vacilando mi honra en vuestras intencio-

nes, habiéndome ya conocido por muger, y viéndome moza, sola y en este trage, cosas todas juntas y cada una por sí que pueden echar por tierra cualquier honesto crédito, os habré de decir lo que quisiera callar, si pudiera. Todo esto dijo sin parar la que tan hermosa muger parecia, con tan suelta lengua, con voz tan suave, que no menos les admiró su discrecion que su hermosura: y tornándole á hacer nuevos ofrecimientos y nuevos ruegos para que lo prometido cumpliese, ella, sin hacerse mas de rogar, calzándose con toda honestidad, y recogiendo sus cabellos, se acomodó en el asiento de una piedra, y puestos los tres al rededor della, haciéndose fuerza por detener algunas lágrimas que á los ojos se le venian, con voz reposada y clara comenzó la historia de su vida desta manera:

En esta Andalucía hay un lugar de quien toma título un duque, que le hace uno de los que llaman grandes en España: este tiene dos hijos, el mayor heredero de su estado, y al parecer de sus buenas costumbres, y el menor, no sé yo de qué sea heredero, sino de las traiciones de Vellido y de los embustes de Galalon: deste señor son vasallos mis padres, humildes en linage, pero tan ricos, que si los bienes de su naturaleza igualaran á los de su fortuna, ni ellos tuvieran mas que desear, ni yo temiera verme en la desdicha en que me veo, porque quizá nace mi poca ventura de la que no tuvieron ellos en no haber nacido ilustres: bien es verdad que no son tan bajos que puedan afrentarse de su estado, ni tan altos que á mí me quiten la imaginacion que tengo de que de su humildad viene mi desgracia: ellos en fin son labradores, gente llana, sin mezcla de alguna raza mal sonante, y como suele decirse, cristianos viejos ranciosos, pero tan rancios, que su riqueza y magnífico trato les va poco á poco adquiriendo nombre de hidalgos, y aun de caballeros, puesto que de la mayor riqueza y nobleza que ellos se preciaban, era de tenerme á mí por hija: y así por no tener otra ni otro que los heredase, como por ser padres y aficionados, yo era una de las mas regaladas hijas que padres jamas regalaron: era el espejo en que se miraban, el báculo de su vejez, y el sugeto á quien encaminaban, midiéndolos con el cielo, todos sus deseos, de los cuales, por ser ellos tan buenos, los míos no salian un punto, y del mismo modo que yo era señora de sus ánimos, así lo era de su hacienda: por mí se recibian y despedian los criados: la razon y cuenta de lo que se sembraba y cogia pasaba por mi mano: los molinos de aceite, los lagares del vino, el número del ganado mayor

y menor, el de las colmenas, finalmente de todo aquello que un tan rico labrador como mi padre puede tener y tiene, tenia yo la cuenta, y era la mayordoma y señora, con tanta solicitud mia y con tanto gusto suyo, que buenamente no acertaré á encarecerlo. Los ratos que del dia me quedaban despues de haber dado lo que convenia á los mayores ó capataces, y á otros jornaleros, los entretenia en ejercicios que son á las doncellas tan lícitos como necesarios, como son los que ofrece la aguja y la almohadilla, y la rueca muchas veces, y si alguna por recrear el ánimo estos ejercicios dejaba, me acogia al entretenimiento de leer algun libro devoto, ó á tocar una harpa, porque la esperiencia me mostraba que la música compone los ánimos descompuestos y alivia los trabajos que nacen del espíritu. Esta pues era la vida que yo tenia en casa de mis padres, la cual, si tan particularmente he contado, no ha sido por ostentacion ni por dar á entender que soy rica, sino porque se advierta cuan sin culpa me he venido de aquel buen estado que he dicho, al infelice en que ahora me hallo. Es pues el caso, que pasando mi vida en tantas ocupaciones y en un encerramiento tal, que al de un monasterio pudiera compararse, sin ser vista á mi parecer de otra persona alguna que de los criados de casa, porque los dias que iba á misa era tan de mañana y tan acompañada de mi madre y de otras criadas, y yo tan cubierta y recatada, que apenas vian mis ojos mas tierra de aquella donde ponía los piés; con todo esto, los del amor, ó los de la ociosidad por mejor decir, á quien los de lince no pueden igualarse, me vieron, puestos en la solicitud de Don Fernando, que este es el nombre del hijo menor del duque que os he contado. No hubo bien nombrado á Don Fernando la que el cuento contaba, cuando á Cardenio se le mudó la color del rostro, y comenzó á trasudar con tan grande alteracion, que el cura y el barbero que miraron en ello, temieron que le venia aquel accidente de locura que habian oido decir que de cuando en cuando le venia: mas Cardenio no hizo otra cosa que trasudar y estarse quedo, mirando de hito en hito á la labradora, imaginando quien ella era. La cual sin advertir en los movimientos de Cardenio, prosiguió su historia diciendo: Y no me hubieron bien visto, cuando, segun él dijo despues, quedó tan preso de mis amores, quanto lo dieron bien á entender sus demostraciones: mas por acabar presto con el cuento, que no le tiene, de mis desdichas, quiero pasar en silencio las diligencias que Don Fernando hizo para declararme su voluntad: sobornó toda la gente de mi casa: dió y ofreció dádivas y merce-



des á mis parientes: los dias eran todos de fiesta y de regocijo en mi calle: las noches no dejaban dormir á nadie las músicas: los billetes, que sin saber cómo, á mis manos venian, eran infinitos, llenos de enamoradas razones y ofrecimientos, con menos letras que promesas y juramentos: todo lo cual no solo no me ablandaba, pero me endurecia de manera, como si fuera mi mortal enemigo, y que todas las obras que para reducirme á su voluntad hacia, las hiciera para el efeto contrario: no porque á mí me pareciese mal la gentileza de Don Fernando, ni que tuviese á demasía sus solicitudes, porque me daba un no se qué de contento verme tan querida y estimada de un tan principal caballero, y no me pesaba ver en sus papeles mis alabanzas, que en esto, por feas que seamos las mugeres, me parece á mí que siempre nos da gusto el oír que nos llaman hermosas; pero á todo esto se oponia mi honestidad y los consejos continuos que mis padres me daban, que ya muy al descubierto sabian la voluntad de Don Fernando, porque ya á él no se le daba nada de que todo el mundo la supiese. Decíanme mis padres que en sola mi virtud y bondad dejaban y depositaban su honra y fama, y que considerase la desigualdad que habia entre mí y Don Fernando, y que por aquí echaria de ver que sus pensamientos, aunque él dijese otra cosa, mas se encaminaban á su gusto que á mi provecho; y que si yo quisiese poner en alguna manera algun inconveniente para que él se dejase de su injusta pretension, que ellos me casarian luego con quien yo mas gustase, así de los mas principales de nuestro lugar, como de todos los circunvecinos, pues todo se podia esperar de su mucha hacienda y de mi buena fama. Con estos ciertos prometimientos, y con la verdad que ellos me decian, fortificaba yo mi entereza, y jamas quise responder á Don Fernando palabra que le pudiese mostrar, aunque de muy lejos, esperanza de alcanzar su desseo. Todos estos recatos míos, que él debia de tener por desdenes, debieron de ser causa de avivar mas su lascivo apetito, que esté nombre quiero dar á la voluntad que me mostraba, la cual, si ella fuera como debia, no la supierades vosotros ahora, porque hubiera faltado la ocasion de decíroslo. Finalmente, Don Fernando supo que mis padres andaban por darme estado por quitalle á él la esperanza de poseerme, ó á lo menos porque yo tuviese mas guardas para guardarme, y esta nueva ó sospecha fué causa para que hiciese lo que ahora oireis.

Y fué, que una noche estando yo en mi aposento con sola la compañía de una doncella que me servia, teniendo bien cerradas